

¿A FAVOR O EN CONTRA DE LA GLOBALIZACIÓN?

Este término –usado de formas muy diversas- aparece muy frecuentemente en los medios de comunicación, aunque hay algunas personas que prefieren hablar de “mundialización”. Pero no todos nos habremos detenido a pensar qué significa y por qué hay un grupo numeroso de jóvenes que se movilizan en contra de este concepto y de una manera, a veces, bastante violenta. Con el término globalización se alude a un mundo sin



fronteras, en el que una tecnología sofisticada nos permite mejoras en el comercio, las comunicaciones, la educación..., en suma, metas que en otros tiempos eran impensables. Una unidad mundial, pero, claro está, sólo para los países que puedan permitírsela, sólo para los que puedan disponer de ordenador portátil, teléfono móvil... en fin, eso que ahora llaman las *nuevas tecnologías*.

Sobre estas bases accederemos a informaciones antes impensables; con Internet y el “emilio”, estaremos cerca de personas lejanas... La globalización puede crear riqueza, pero también tiene su lado equivocado: la exclusión de muchos países y personas, la falta de equidad, el olvidar aspectos sociales y humanitarios, tan necesarios en el mundo en que vivimos. Así planteada, la globalización sólo afecta a un 15% de la población mundial. Pero ¿qué ocurre en África, en Asia, en Sudamérica? Se intenta impulsar el progreso, pero ¿para quién? Vivimos en un mundo lleno de injusticias y miseria, y esta globalización puede ser un proceso que cada vez abra más el abismo entre países pobres y ricos.

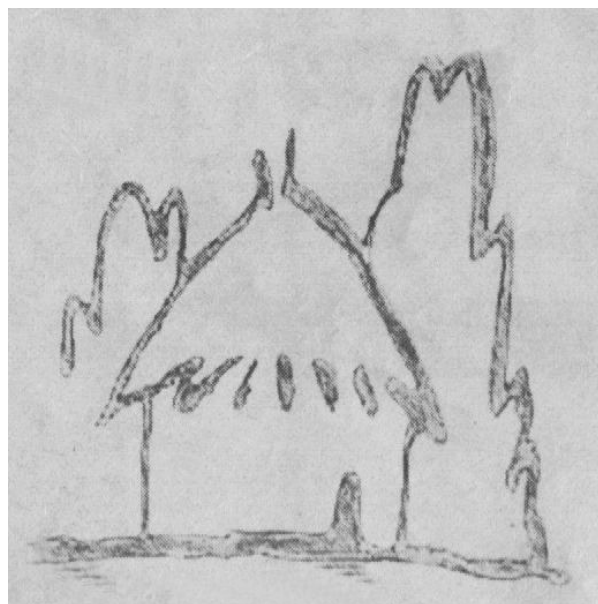
Según datos fiables y que encontramos en los medios de comunicación, el 65% de la población mundial no ha hecho nunca una llamada telefónica; más de 200 millones de personas no tienen luz eléctrica; 125 millones de niños no pueden acceder a una educación elemental; 1.300 millones de personas sobreviven con menos de 200 ptas. diarias -1,2 euros-; el 80% de la población femenina mundial es analfabeta; los índices de mortalidad infantil en algunas zonas de la India, por ejemplo, son escalofriantes... y esto sólo por citar algunos ejemplos.



Frente a este orden de cosas, no es difícil comprender que hayan surgido con fuerza los llamados “grupos antiglobalización”, miles de jóvenes que se conectan a través de la red y que a nivel mundial se han unido para movilizar las conciencias y denunciar las desigualdades que produce un sistema con profundas contradicciones. Se trata de un movimiento heterogéneo, formado en su mayor parte por jóvenes de ideologías muy diversas, pero dentro de esa generación que, aparentemente, no se interesa por la política y a la que creíamos sin “ideales”. Todos muestran algo en común: su aversión al capitalismo, al que consideran inmoral e injusto.

No tienen líderes, ni manifiestos, se reúnen en lugares donde se convocan cumbres de Jefes de Estado o de Gobierno de los países que “dominan” el mundo; pero sí tienen sus “ídolos”. Por ejemplo, Lori Wallach, secretaria de la ONG “Global Trade Watch”, impulsora de la manifestación de Seattle, y Naomí Klein, periodista que ha publicado un libro titulado “No logo” que estos jóvenes tienen como libro de cabecera. En este libro se denuncia cómo las multinacionales se enriquecen con el trabajo en régimen de esclavitud. Se aducen numerosos ejemplos reales: una trabajadora indonesia puede ganar dos dólares por unas zapatillas que luego se venden a 120 dólares en San Francisco.

La publicidad de hoy no vende productos, vende marcas, sueños, formas de vida; pero, por detrás, significa talleres con espantosas condiciones de trabajo, horas extras forzosas, malos tratos... Las pequeñas empresas se arruinan y las multinacionales llevan a cabo su producción en Indonesia, China, México, Filipinas... en condiciones infrahumanas de trabajo. Hay talleres en Filipinas (la autora cita nombres concretos y lugares) donde se prohíbe incluso hablar y sonreír, y los servicios sólo se abren en dos pausas de 15 minutos al día; no hay bajas por enfermedades que se generan debido a las condiciones de trabajo en su mayor parte; los niños trabajan un número altísimo de horas al día... y así podríamos seguir citando. La “antiglobalización” puede ser la forma de hacer política de esta generación que no se interesaba aparentemente por la sociedad. Han movilizado a cientos de miles de personas en todo el mundo. Piensan que luchar contra la pobreza es prioritario en un mundo donde la tercera parte de las personas sobrevive sin ninguno de los derechos básicos a una vida digna. Sin embargo, hay un factor negativo en mi opinión: la actitud violenta de una parte de este movimiento, que es la que más resaltan los medios de comunicación. Esta actitud es contradictoria con el deseo de impulsar valores como la justicia y la solidaridad. La violencia genera violencia y no conduce a una salida positiva. Esperemos que reconsideren posturas de este tipo.



En resumen, sí a la globalización, pero siempre que esté al servicio de todas las personas y de los derechos fundamentales y no sólo sirva a los intereses de grupos privilegiados. Hay que plantear propuestas para mejorar el planeta: condonación de la deuda externa, cambios en las reglas del comercio; terminar con el abuso laboral y la explotación infantil que implican las multinacionales; ayudar al desarrollo; reformar las instituciones financieras internacionales, intentar que todas las personas tengan acceso a derechos fundamentales como la educación, la sanidad... Hay que ir hacia un mundo global pero más equitativo, que no se base en la concentración de poder en pocas manos. En este sentido, *los antiglobalización* han conseguido que en la agenda de los poderosos se incluyan algunas de estas propuestas que, inicialmente, se ignoraban en sus reuniones. Pero, ¿se quedarán en simples declaraciones de buenas intenciones? Ojalá pronto se vean compromisos efectivos para empezar a construir esa otra globalización.